

EL MUSEO DE PUSOL Y EL REFLEJO DE LA BURGUESÍA ILCITANA: OBJETIVOS Y COLECCIONES DE UNA SOCIEDAD CONSERVADORA

Alejandro Cañestro Donoso
Universidad de Murcia

Elche, la tercera ciudad de la Comunidad Valenciana, ha sufrido un notabilísimo incremento demográfico desde el siglo XIX. Según se conoce, en 1802 tenía poco más de 18.000 habitantes (Ramos, 1970: 180). Actualmente, la población ya ha rebasado los 200.000 habitantes. Según deja escrito Castaño (2001: 9), la moderna ciudad de Elche experimentó una gran evolución en muchos sentidos. Industrialmente, se ha caracterizado por un potente sector del calzado, el cual, en ocasiones, ha sido el verdadero motor de la economía y sus efectos han repercutido en otros sectores. No obstante, hasta bien entrado el XIX, la base económica ilicitana era la agrícola, seguida de un fuerte sector artesanal.

La sociedad de la villa de Elche no difería demasiado de la sociedad de la España decimonónica: volvían a estar bien marcados los tres estamentos sociales –nobleza, Clero y tercer estado- con la vuelta del rey Fernando VII en 1814 y volvía a ser la agricultura el factor clave de ingresos. En Elche podíamos encontrar esas mismas capas sociales: la nobleza, especialmente terratenientes, herederos de hidalgos, marqueses y otros señores, el Clero, con una gran presencia en la villa debido a sus magníficas relaciones con el Obispo de Orihuela, y un numeroso tercer estado, integrado por jornaleros y campesinos en principio y, más tarde, por trabajadores en las manufacturas. En este estudio nos ocuparemos de las clases altas, especialmente aquellas familias acomodadas de las cuales se han conocido los bienes que poseían y utilizaremos los conocidos casos de las familias Tormo y Torregrosa, cuya presencia en Elche está bien documentada (Castaño 2008: 168, 247-249).

El hombre, desde sus orígenes, ha intentado adornar su cuerpo con numerosas intenciones: la mayor parte de las veces, ese intento se hacía por la función práctica de cubrir el cuerpo con prendas para protegerse del frío, aunque no siempre era esa la razón que movía al ser humano a crearse su indumentaria, entrando en juego razones de tipo más social. Quizá como signo de distinción, los hombres fueron tomando conciencia y

la indumentaria dejó de ser algo funcional para pasar a desempeñar otra tarea: la de ostentación. Valga reseñar como mero ejemplo las togas romanas, signo también de distinción, pues no todos los varones llevaban el mismo tipo de túnicas. La decoración de las mismas indicaba su jerarquía.

Pero no solamente mediante el atuendo se podía demostrar distinción, sino que tal efecto también podía hacerse patente en otros ámbitos, como el doméstico. Una familia acomodada del siglo XIX de Elche tenía la casa plagada de objetos suntuarios: grandes mesas de maderas nobles, adornadas con esbeltos candelabros de plata virreinal o española, abundantes cuberterías igualmente argénteas, cuadros y tapices de los más afamados artistas, arañas de plata colgando de todos los techos, notables espejos franceses de marcos dorados, camas con doseles, capillas privadas u oratorios dentro de las casas, con imágenes religiosas ejecutadas por los imagineros más destacados de cada momento, con todo el ajuar para el servicio litúrgico... La imagen no podía ser menos ostentosa: el visitante que llegaba a casa de D. Emigdio Tormo Santamaría, noble de nacimiento y terrateniente de profesión, a la sazón propietario de múltiples viviendas, se encontraba al mencionado señor acompañado de su esposa, cuya tez siempre debía ser de un blanco inmaculado, puesto que desde Francia venían esos postulados, vestidos con sus mejores galas y adornados con sus mejores joyas. Una vez visitado el vestíbulo, en cuya pared principal se hallaba un mosaico con los títulos que ostentaban tanto la casa como el señor a manera de abstracta bandera, pasaban a un gran salón-comedor, el cual hacía las veces de café-tertulia, pues era allí donde se concelebraban veladas en las que se hablaba de poesía, de música, de arte,... El salón tenía todos los elementos citados anteriormente. Con regularidad, Tormo solía rodearse de gente inferior a él para, de esta forma, demostrar mucho más poder adquisitivo y presumir de la compra de tal o cual pieza. Fig. 1.

Los nobles no se conformaban con cualquier emplazamiento para ubicar su morada: de esta forma, a principios del siglo XIX, Emigdio Tormo mandó construir una casa de dos plantas, para él y sus familiares, anexa a la Torre de la Calahorra, antigua construcción almohade del siglo XII, por estar en el epicentro de Elche (Jaén 1999: 209). Una vez levantada la casa, adornó los balcones con suntuosas rejas de hierro y por dentro la decoró enteramente de pinturas y frescos, de estética neoárabe, muy del gusto del aristócrata, encargados a Agustín Espí Carbonell, que recientemente han sido restaurados.

Si la familia Tormo era la abanderada del ámbito urbano en el siglo XIX, la casa de los Torregrosa era la que dominaba en el vasto entramado rural un siglo después. El doctor D. Casto Torregrosa, afamado médico ilicitano, mandó construir una ermita-oratorio, anexa a su propia residencia en el campo, y la llenó de todos los elementos necesarios para la liturgia: encargó varias imágenes, entre ellas una de la Virgen de la Asunción, Patrona de Elche, al imaginero murciano José Sánchez Lozano; a plateros de la zona encargó cálices, portapaces, candeleros, un sagrario, copones, atril,... Quiso demostrar su poder y su posición mediante la construcción de una pequeña iglesia y la dotación de la misma de objetos suntuarios. Fig. 2.

La gran parte de las familias acomodadas tenían esta laureada costumbre de enriquecerse con objetos y piezas para mostrar un cierto *status* social que los hacía respetables y dignos de ser claros ejemplos para el resto de la sociedad. Una de las fiestas en las que más participaban los nobles ilicitanos era en el llamado *Carnestolenda*, actualmente conocido como Carnaval, que tenía lugar el martes anterior al primer día de la Cuaresma. Los potentados, acostumbrados a figurar y a demostrar todas sus posesiones, hacían gala de su elegancia y se revestían con riquísimos ropajes, aunque había otro sector de la aristocracia que presumía de su pavonería y se disfrazaban de maneras burdas, imitando a las capas sociales menos favorecidas. Esta actitud pronto fue denunciada, pues ocasionaba graves perjuicios, siendo prohibidas en Elche, el 17 de febrero de 1772, “las fiestas de disfraces, penándose su infracción con multa de 40 reales y dos meses de cárcel”, según deja escrito Aureliano Ibarra en sus *Noticias curiosas*.

Como decíamos más arriba, la sociedad ilicitana no difería en demasía del resto de España. Un ejemplo de ello es el uso del miriñaque, una moda procedente de Francia adoptada en España, cuyo uso fue generalizado a partir de 1857. Consistía en ir las damas muy abultadas y huecas, valiéndose para ello de pleitas de esparto, ballenas y alambres, formando con ellos varios aros que colocaban sobre las enaguas o briales interiores. Con este arte, “se creían ser más bonitas y tener atractivo mayor para ser amadas”. El 28 de junio del mencionado año, apareció en Elche el primer miriñaque, perteneciente a Asunción Tormo, hija de D. Emigdio Tormo. Este vestido sirvió de norma para las otras damas acomodadas de Elche, quienes procedieron a copiar el modelo.

A menudo, los nobles y aristócratas dejaban en herencia, en línea vertical, todos sus bienes: casas, fincas rurales, personal de servicio, bienes que adornaban sus

propiedades,... Los herederos podían disfrutar de todo lo que sus antecesores habían adquirido en vida. Emigdio Tormo y Ródenas habitó en la Calahorra hasta el mismo día de su muerte. Y la legó a su primogénito. Y así sucesivamente hasta la actualidad. Aunque su último propietario, Emigdio Tormo Moratalla, distinguido jurista de la ciudad, hubo de abandonar la finca en el año 2000 debido a los altos gastos que ella comportaba, obligándose a venderla a la Comunidad Valenciana, la cual la tomó como propia y ordenó situar allí la subdelegación del consejo valenciano. Antes de esta operación mercantil, la familia Tormo se afanó en rescatar la gran parte de los bienes conservados en la vivienda y donarlos, tras un periodo de reflexión, al Museo de Pusol donde se encuentran expuestos, como veremos más adelante; especialmente, se ha reconstruido una de las capillas privadas que tenía la casa, adornada de todos los elementos.

Por su parte, la iglesia rural del doctor Torregrosa se mantiene hoy día tal como fue concebida, aunque se ha visto reducida en espacio por haber instalado el médico su despacho. No obstante, detrás de una gran cortina de terciopelo rojo, puede verse el altar con todo el ajuar, un discreto retablo con la imagen de la Patrona vestida con lujosas galas, y una colección de imágenes piadosas dispuestas en peanas a lo ancho de las paredes. En la casa anexa viven los herederos de Torregrosa, aunque no tienen en valor ni en consideración las obras que su padre quiso legar no sólo a su familia sino a toda la partida rural en la que se ubicaba su finca.

La nobleza ilicitana tenía gran presencia en todas cuantas manifestaciones cívico-populares-festivas ocurrían en Elche. Siguiendo con sus protocolos habituales, representantes de todas las casas acomodadas de Elche hacían aparición en las procesiones de Semana Santa vestidos de una forma muy peculiar: su indumentaria consistía en una gran levita de terciopelo negro o morado (negro sólo para Viernes Santo), con una larga cola que arrastraba por el suelo, unos jubones de idéntico color y medias blancas. En sus manos lucían bellos guantes de piel gris, llevando en la derecha una cruz de oro repujado con brillantes. El resto de la población que participaba en las procesiones lo hacía de modo más discreto, con sus ropas diarias, sin ostentar ni llamar la atención.

El caso de la donación de la familia Tormo al Museo de Pusol no constituye un ejemplo aislado en la geografía española: más bien al contrario, muchos han sido los que han querido depositar sus colecciones en museos o fundaciones para un mayor lucimiento y aprovechamiento de las mismas. Los museos etnográficos en nuestro país

surgen en la segunda mitad del siglo XIX como continuadores de los llamados gabinetes de curiosidades tan en boga desde los siglos XVI y XVII. Para Alonso Fernández, los museos etnográficos o antropológicos “anteponen el interés cultural al cronológico en la presentación de las obras” y son museos dedicados sobre todo a culturas o a elementos culturales preindustriales contemporáneos a la vez que pretenden mover al ser humano a sus recuerdos (Alonso Fernández, 1999: 129-130). Numerosos museos etnográficos han visto incrementadas sus colecciones y se han nutrido a menudo de donaciones de personas procedentes de todos los estratos sociales, cuya intención era la perfecta conservación y el conocimiento y difusión de tal o cual instrumento útil antaño y que quedaba en desuso por el paso del tiempo. Es una forma de recuperar la memoria colectiva. Son conocidas las donaciones de Elías Rubio Marcos al Museo Etnográfico de León, cuyo ejemplo podría ser la traslación del ejemplo de la familia Tormo en otras coordenadas geográficas.

El panorama nacional es muy revelador: más de 50 museos de estas características están abiertos al público, en casi todos los rincones de la geografía española. Valga citar el Museo Etnográfico de León y el futuro Museo Etnográfico que se abrirá en Teruel dentro de unos años como resultado de la escisión del Museo Nacional del Traje en esa rama y en el llamado Centro de la Moda, que estará ubicado en la capital madrileña. La ciudad de Elche cuenta con el privilegio de tener uno de esos más de 50 museos etnográficos de España. Concretamente en la partida rural de Pusol, a unos 5 km. del casco urbano, están los edificios del museo y los almacenes del llamado “Centro de Cultura Tradicional. Museo Escolar de Pusol”. Aunque su primera intención no era convertir el espacio de las llamadas “Escuelas Unitarias de Pusol” en un lugar musealizado, actualmente puede presumir de ser el primer museo de la ciudad.

El Museo de Pusol nace como consecuencia de un proyecto que, a finales de los años setenta del pasado siglo, intenta desarrollar un joven maestro, Fernando García Fontanet, en las Escuelas Unitarias de la partida rural del mismo nombre, cercana al núcleo urbano de Elche. El proyecto, titulado “La escuela y su medio”, pretendía educar a los niños que vivían en el campo, de forma que no desenraizaran de su entorno, al menos durante la primera infancia. Parecía un buen proyecto y trató de ponerlo en marcha, pero eso le supuso abrir muchas ventanas hacia campos que el programa oficial dejaba muy poco definidos.

El plan exigió la creación de una serie de talleres que abrazaban temas específicos, como un huerto escolar, que conllevó una elemental estación meteorológica y un

laboratorio para el análisis del suelo. Dentro del campo de las Ciencias Naturales se construyó el taller de insectos y plantas iniciándose así una interesante colección entomológica. Los niños, empujados por este campo de la investigación, comenzaron a realizar pequeños trabajos sobre la palmera, el cultivo de la viña y la elaboración del vino, la batida y otros temas que los pusieron en contacto con objetos antiguos que se estaban volviendo anacrónicos a fuerza de transformarse en inservibles. Y nació la curiosidad: piezas extrañas fueron recogidas para su estudio y un aluvión de ellas llegó al colegio, puestas en marcha por la curiosidad no sólo del profesor sino también de los niños, que pronto se dieron cuenta que todo eso era, ni más ni menos, que los últimos vestigios de una cultura que desaparecía por el remolino de una tecnología sin precedentes. Y comenzaron el rescate.

Los rincones de las aulas y los pasillos fueron quedándose pequeños para albergar tantos aperos y hubo que utilizar las viviendas de los profesores, deshabitadas en aquellos momentos. Se abrió el taller de Restauración. Pero el tema pronto fue demandando nuevas atenciones: cada objeto poseía una información específica y tenía un nombre o varios, así que se inventaron el taller de la palabra, invento que tuvo el poder de movilizar a todo un sector de la sociedad rural que entonces permanecía en la más triste de las actividades: los jubilados a quienes Fernando les encargó la tarea de escribir sus experiencias vitales.

La catalogación, más tarde la informatización y la recogida de datos, ha sido una tarea que ha cubierto todos estos años, y así ha llegado a estructurarse un proyecto vivo que exigió la ampliación de las instalaciones. Se calcula que hay expuestas unas cinco mil piezas y cerca de cuatro mil las almacenadas y sin catalogar. El Museo abraza todos los temas relacionados con la sociedad rural, especialmente del campo de Elche, aunque, desde hace varios años, también queda abierto a las clases altas de la ciudad ilicitana, verdadero motivo de nuestro estudio.

Como puede deducirse, los fines fundacionales y el estado actual del Museo poco tienen en común. Financiado por la mayoría de los industriales ilicitanos, que han visto una oportuna ocasión para que el Museo sea vehículo de todas cuantas costumbres típicamente autóctonas se estaban perdiendo, viene a constituir el museo por excelencia de lo ilicitano, muy por encima de otros museos de la red local. Vamos a desglosar las colecciones que posee.

En primer lugar, vamos a hablar del sector de la agricultura, pues por él fue fundado el Museo para mostrar todos aquellos aperos y toda aquella maquinaria

rudimentaria y primitiva que los jornaleros de Elche habían estado utilizando hasta mediados del siglo pasado por la imposición de la tecnología. Este sector aparece subdividido en varias áreas: el cultivo, las mesas con los aperos, los instrumentos de cuidado y limpieza de animales, el olivo, la viña, la palmera (por ser el cultivo genuino de Elche, se han podido rescatar todos los objetos y toda la información sobre ella), el esparto y cáñamo y, por último, la caza. El sector agrícola es el más numeroso en cuanto a fondos museográficos se refiere, con más de 2000 piezas expuestas y otras tantas almacenadas y convenientemente restauradas en los depósitos.

Desde hace algunos años viene cobrando especial interés el llamado “Área del Vestido”, integrado por los vestidos que usaban tanto los hombres como las mujeres del siglo XIX y principios del XX, conseguido mediante sucesivas donaciones que las familias han tenido a bien realizar al Museo. Este área aparece subdividido en tres sectores: indumentaria civil, que engloba el vestido y los complementos (bolsos, zapatos, bufandas, monederos, sombreros,...) de señoras y varones, todo catalogado perfectamente y expuesto en vitrinas de cuidado diseño; la indumentaria religiosa, con numerosas casullas, dalmáticas y capas, además de ropa ordinaria de sacerdote y acólitos (monaguillos especialmente), que han sido objeto de donación por parte de los burgueses que tenían en sus propiedades oratorios privados. Destaca la colección de casullas del siglo XIX, de estética neoclásica tan del gusto de la época. Una vez se depositaron en el Museo, fueron restauradas convenientemente por el taller de Restauración de la Comunidad Valenciana. Por último, la indumentaria militar, con gran número de prendas, incluyendo las armas (sables y pistolas) que portaban en el siglo XIX. Destaca el uniforme de un soldado que participó en la Guerra de Cuba y Filipinas, así como varia documentación, entre la que encontramos el historial de un soldado que sirvió durante doce años estuvo preso en Filipinas, además de otros documentos y objetos sobre este tema. Actualmente centran sus esfuerzos en la catalogación de los fondos de indumentaria militar, fotografías y otros documentos donados por particulares; esfuerzo que verá la luz en estos meses en forma de exposición titulada “Militares. Una parte de nuestra historia”, subvencionada por el Ministerio de Defensa y Armada, que recreará diversos ambientes de las guerras en las que ha participado nuestro país.

Una vez analizados los sectores más amplios que tiene el Museo de Pusol, vamos a hacer un repaso de todos aquellos ámbitos y rincones recreados típicamente ilicitanos. La familia Pérez Seguí, a principios de 1900, funda en una de calles más céntricas de

Elche, la “Droguería Pérez Seguí”, lugar para comprar todo aquello necesario para el cuidado y la higiene personal, y también para realizar las conocidas veladas y tertulias, de forma similar a las que se realizaban en la casa de Emigdio Tormo. Los sucesores de la mencionada familia siguieron con la Droguería, pero la tercera generación no quiso continuar la tarea iniciada por D. Francisco Pérez Seguí y donó todo lo que habían heredado al Museo de Pusol, donde hoy permanece expuesto, recreando el establecimiento, con el rótulo original de la calle. Fig. 3.

Otro de los comercios emblemáticos es la Sastrería Beltrán, lugar donde era frecuente ver a los miembros masculinos de las clases acomodadas ilicitanas vistiéndose. Los herederos, una vez habían pasado más de cincuenta años del cierre del establecimiento, depositaron en el Museo las telas y las prendas que habían quedado hechas pero sin dueño: sombreros de copa alta, sombreros ingleses, levitas, guardainfantes, botas de caña alta, camisas de seda con pechera, gemelos de plata, corbatas y pañuelos,... Todo queda expuesto, en una recreación con el mostrador original, en las instalaciones del Museo.

Podríamos decir que esta área de recreación de rincones constituye, actualmente, el motor del museo, pues a ella se destinan casi todas las donaciones. Es uno de los pilares en los que se sustenta este Centro de Cultura Tradicional. Siguiendo con los comercios antiguos de Elche, le toca el turno al fotógrafo Hermógenes Esquembre (mediados del siglo XIX-principios del siglo XX), famoso en la ciudad por ser el retratista de la burguesía. Su estudio ha sido recreado con todos los elementos: desde los clásicos tapices de fondo hasta el banco en el que se sentaban los protagonistas de las fotografías, las cámaras tan aparatosas, el vestuario que utilizaban, los abanicos para no tener calor,... Todo es material original, aunque el escaparate (vitrinas y mobiliario) es una recreación conseguida a través de consultar fuentes documentales y gráficas. El cartel es el que tenía Esquembre en su domicilio. A colación de este comercio cabe reseñar la gran cantidad de material fotográfico legado por sus sucesores al Museo de Pusol, incluyendo placas originales, negativos y fotografías, y llegando a constituir casi la totalidad de la producción de Esquembre.

Dentro del tema del cuidado personal, especialmente el del varón, destaca la “Barbería Picazo”, fundada a principios del siglo XX, que ocupaba uno de los locales más céntricos de la localidad. Y también la “Sombrerería Fernández”, orientada sobre todo a la mujer, con numerosas donaciones de damas acomodadas de Elche, como Lola

Puntes, quien ha legado toda su colección de sombreros de los siglos XIX y XX, así como mantillas, crinolinas, polisones y otras prendas de la indumentaria regional.

El panorama se completa con la recreación de “Juguetes Parreño”, donde podemos ver, además de todo un repertorio de juguetes de la posguerra, la figura típica del rey Baltasar, al cual le echaban sus cartas los niños en la víspera de la festividad de la Epifanía. Como vemos, se han recreado diversos comercios emblemáticos de mediados del siglo pasado gracias a la ayuda desinteresada de todos cuantos han querido donar piezas al Museo para recuperar la memoria olvidada. Fig. 4.

Por último cabe destacar la completa recreación de una de las capillas privadas que tenía D. Emigdio Tormo en su casa anexa a la torre almohade de la Calahorra, con todos sus elementos. El visitante puede contemplar una mesa de altar con un cáliz de plata, de copa ornamentada, con su cubrecáliz, varios candeleros también argénteos, un copón, algunas imágenes religiosas, como un Nazareno, un crucificado y otros santos, unos jarrones de plata para flores,... Remata el conjunto una gran hornacina en la que está colocada la corona de laurel que fue depositada en la tumba de D. Aureliano Ibarra, el primer historiador local que tuvo Elche en el siglo XIX, autor de numerosos libros sobre arqueología y sobre la historia de la ciudad.. Justo enfrente, en el lado opuesto, un gran cuadro de Rodríguez Clement (finales del siglo XIX) retrata a Ibarra acompañado de su esposa, en su librería particular, que también ha sido donada a Pusol y se expone en la misma estancia de la capilla. Las paredes se acompañan de una gran cantidad de estampas y grabados de motivo religioso de los siglos XVIII y XIX, propiedad de los Tormo.

Pero el Museo no termina ahí: completan las colecciones una ingente cantidad de fotografías, la primera de las cuales se fecha en torno a 1840, que retratan a todas las capas sociales de la villa, especialmente las acomodadas. Están agrupadas según su temática: hombres, mujeres, niños, comercios, rincones de Elche,... Mediante estas fotografías y postales podemos hacer una reconstrucción de la ciudad en tiempos pasados, además de poder ver la indumentaria que llevaba la sociedad de la época.

A partir de la fundación del Centro de Cultura Tradicional en la década de los 70 del pasado siglo, han ido recopilando toda la información que de él se ha dicho tanto en prensa como en publicaciones, llegando a elaborar una completa hemeroteca donde pueden consultarse todas las noticias relativas al Museo, exposiciones, donaciones, adquisición de piezas, restauraciones, ampliaciones,... Además de todo ello, cabe mencionar la Biblioteca que posee, con más de cinco mil volúmenes, algunos de ellos

únicos, como la copia manuscrita que hizo el historiador Pedro Ibarra a finales del siglo XIX del Consueta o Libreto de 1625 para interpretar el Misterio de Elche.

Por último cabe señalar que el pasado año el Museo fue reconocido internacionalmente por la UNESCO como “Lugar importante de la Red Interurbana de Salvaguarda del Patrimonio” en una reunión celebrada en Pécs (Hungria), el primero museo de la ciudad ilicitana que cuenta con un galardón de estas características. El respaldo ofrecido por la institución será fundamental para obtener la declaración del Museo de Pusol como Bien de Interés Cultural. El reconocimiento fue concedido por su modelo de experiencia pedagógica en la que se integra el patrimonio cultural en la educación formal.



Figura 1: Interior de la Capilla de la Calahorra. Pinturas murales. Siglo XIX. Localización actual: Casa noble de La Calahorra. Colección particular. Fotografía de autor.



Figura 2: Interior de la capilla de D. Casto Torregrosa. Siglo XX. Localización actual: Casa de campo de D. Casto Torregrosa (Peña de las Águilas, Elche). Colección particular. Fotografía de autor.



Figura 3: Recreación de la Droguería Pérez Seguí. Siglo XX. Localización actual: Museo de Pusol, Elche. Colección particular. Fotografía de autor.

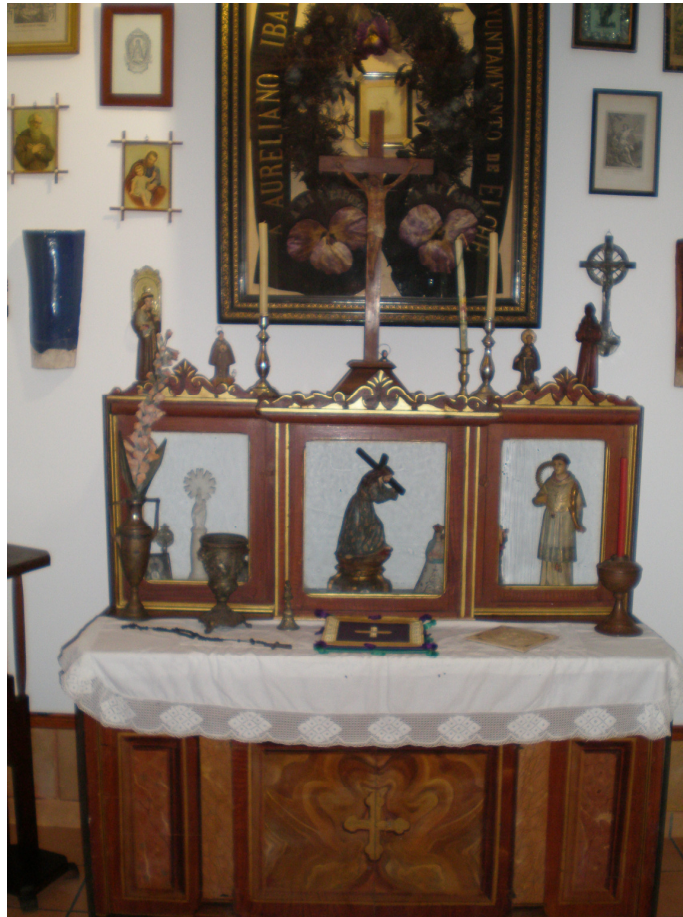


Figura 4: Recreación de una de las capillas-oratorio de la Calahorra. Siglo XIX. Localización actual: Museo de Pusol, Elche. Colección particular. Fotografía de autor.

BIBLIOGRAFÍA

AA. VV., *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, Madrid.

ALONSO FERNÁNDEZ, L. (1999), *Museología y museografía*, Barcelona.

CASTAÑO GARCÍA, J. (2001), *Un segle de cultura a Elx. De l'Antic Règim a la Segona República*, Elche.

(2008), *Llinatges d'Elx*, Elche.

IBARRA RUIZ, P. (1895), *Historia de Elche*, Elche.

JAÉN URBÁN, G., (1999), *Guia de l'arquitectura i l'urbanisme de la ciutat d'Elx*, Elche.

PEIRÓ ALEMAÑ, D. “Museu Escolar Agrícola de Pusol”, en VV.AA. (1995), *Museus d'Elx*, Elche.

RAMOS FOLQUÉS, A. (1970), *Historia de Elche*, Elche.